

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero . . . 1'50 »

El Congreso de Ferroviarios

Grandísima importancia ha revestido el Congreso celebrado estos últimos días en Madrid, y en el que han estado representados cerca de 70.000 obreros y empleados ferroviarios.

Lo menos importante—con serlo mucho—han sido las peticiones de mejora que han acordado hacer a las poderosas empresas que se enriquecen a cambio de un irrisorio salario y de una envoradora jornada de trabajo. Lo esencial ha sido el hecho de que obreros empleados en diferentes compañías se hayan puesto de acuerdo constituyendo la Unión Ferroviaria. Sobre dicho Congreso hemos de hacer algunas consideraciones:

Los socialistas, ese partido político que, a pesar de llamarse obrero, celebra con ostensible regocijo el ingreso en su seno de algún elemento burgués, hace tiempo que venía trabajando la representación para el Congreso de individuos de su partido, no ferroviarios ni siquiera obreros, al objeto de imponer el criterio de que la Unión Ferroviaria ingresara en la «Unión General de Trabajadores», que es la que da al partido socialista el poco brillo y fuerza que tiene.

Así hemos visto en el Congreso ferroviario a individuos que, como Perezagua, hace muchos años que dejaron las herramientas del trabajo para dedicarse a profesiones que no embolecen gran cosa a los que las ejercen.

A pesar de la labor de zapa llevada a cabo por el presidente, el socialista Barrio, otro individuo que también ha reñido con el trabajo, en el Congreso se manifestaron las dos tendencias, notándose un gran número enemigo del ingreso en la citada «Unión», por el color político que tiene, y podemos asegurar que, a no ser por los muchos intrusos que el partido socialista había introducido, los ferroviarios se hubieran constituido en Federación autónoma, libre de toda ingerencia política, con arreglo a la orientación del sindicalismo moderno.

Como ocurre en todos los casos en que los socialistas ven en peligro su preponderancia, apelaron a todos los medios para impedir que hablaran los sostenedores del verdadero criterio sindicalista, lo que hizo que los delegados de Barcelona presentaran una proposición de protesta, que fue recibida por los adictos de los socialistas, calificando de traidores a los compañeros que la presentaron.

Barrio justificó el proceder de la presidencia, afirmando que él obró con arreglo a su lealtad y a su conciencia. Seguramente que el concejal del ayuntamiento de Madrid, al expresarse así, se refería a su lealtad y conciencia política, no a la lealtad y conciencia obrera, puesto que los representantes de Barcelona eran ferroviarios auténticos y merecían más consideración que la que les guardaba el presidente.

Hemos hecho esta digresión para demostrar que en los ferroviarios españoles hay elementos de espíritu independiente y sano criterio que en el momento oportuno sabrán oponerse a todo acto de desorientación que se pretenda en los días de lucha, que creemos próximos dada la avaricia de las compañías explotadoras.

Por lo demás, y libres de todo sectarismo, nos ha causado inmensa alegría la constitución de la Unión Ferroviaria, que en lo esencial, en el deseo de laborar no sólo en beneficio de la clase, sino en pro de la emancipación del proletariado, han estado unánimes todos los congresistas.

Era realmente vergonzoso el estado de sumisión en que se encontraban los ferroviarios y el ambiente de desconfianza que entre ellos mismos existía, temerosos de que los empleados superiores se enterasen de sus ideas societarias. Con la celebración del Congreso, haciendo públicos sus anhelos, se han dignificado elevándose a la categoría de obreros conscientes.

Digno coronamiento del Congreso fue la sesión de clausura en la que los delegados de Zaragoza, Valencia, Santander, Murcia, Málaga, Torres, Salamanca, Algeciras, Cataluña y Valladolid, se expresaron en términos de fraternidad para la clase obrera y de energía para la reivindicación de los ferroviarios, hablando seguidamente el compañero Menéndez, que comienza diciendo que una de las obras más hermosas que ha hecho la Unión Ferroviaria ha sido ligar en un mismo amor al mozo, al factor, al maquinista y al obrero. Todos hermanos, pues las mismas necesidades tienen y las mismas recomendaciones necesitan.

La cooperación—añade—es de una utilidad indiscutible, pues todos hemos de hacer, unidos, la labor de engrandecimiento y dignificación que necesitamos, que queremos, que nos es precisa. Y en esta labor, en esta obra magna hemos de poner toda nuestra voluntad, todos nuestros entusiasmos; el enemigo es muy fuerte y preciso es combatirlo.

Insiste de nuevo en la necesidad de la unión de todos los elementos, y añade que los ferroviarios deben unirse al movimiento obrero en general, pues sólo de este modo pueden ser fuertes y hacer más fuertes aun a los obreros, que trabajan y sufren, esperando el día de las reivindicaciones.

Con el resumen del presidente termina la sesión de clausura en medio de entusiasmas vivas a la Unión Ferroviaria.

Apenas organizados los ferroviarios son la pesadilla de la burguesía y del gobierno.

En verdad que se han visto sorprendidos con la potente demostración de fuerzas que han realizado.

Que conserven el entusiasmo es cuanto les deseamos y que se den cuenta de lo que representan en la sociedad para que el día de la lucha sepan sostenerse con aquella entereza y dignidad que son precursoras del triunfo.

Y terminamos llamándoles la atención sobre las dos últimas huelgas de ferrocarriles realizadas recientemente en Inglaterra y la Argentina.

Los ferroviarios ingleses, alocacionados por la experiencia, decidieron hacer la huelga libres de toda ingerencia de jefes ni tutores y reconcentrando en sí mismos todas las energías, consiguieron el triunfo en pocos días.

Los argentinos creyeron más cómodo confiar en la buena fe del gobierno, que se ofreció de mediador, y esperando confiados en que les asistía la razón, sufrieron la más vergonzosa derrota que registran las luchas obreras.

Tened presente esto y trabajad por cuenta propia, libres de emancipadores de oficio, pues como proclamó en su primer Congreso, celebrado en Barcelona, la Confederación Nacional del Trabajo, cabe que haya quienes anhelan desaparecer del mundo la opresión y la miseria; pero lo que no cabe es que sea verdad que haya quienes intenten emancipar a los trabajadores, presentándose como tutores y curadores de ellos.

Contra estas tutelajes ponía en guardia La Internacional a los obreros al decirles que su emancipación tenía que ser la obra de ellos mismos, porque en realidad, para emanciparse es preciso, indispensable, estar emancipado de todo tutor o curador, que incompatibles son los tutelajes y la emancipación, ya que mientras no se esté emancipado del tutor se tiene quien lo mande y lo domine y quien pueda engañarlo y explotarlo.

La emancipación material es el resultado inmediato de la emancipación moral, y no alcanzará la primera el que moralmente siga siendo esclavo de éste o del otro individuo. Y esclavo es el que no piensa por sí u obra espontáneamente, con arreglo a su raciocinio y por su esfuerzo directo.

¿Quién tiene la culpa?

Según yo hace poco en Venecia, a través de corredores húmedos y oscuros, a un guía que conducía un grupo de extranjeros al Puente de los Suspiros y a los calabozos.

De trecho en trecho el guía aproximaba su linterna a la pared y decía: «un calabozo», y allí, entre una abertura obstruida por el espesor de las rejas, se percibía una cavidad con un camastro, y en algunas las paredes estaban almohadilladas. «Eso es para que los presos no se rompan la ca-

suscitaron cierto malestar y como un poco de vergüenza.

Pero no duró mucho. A los pocos instantes uno dijo a media voz, pero perceptible para todos y con un ligero encogimiento de hombros:

—Después de todo, esos hombres son unos pícaros y las cárceles son necesarias. Con eso se serenaron las conciencias.

¿Por qué hablan de inquietarse? Una moral cristiana, ortodoxa o no, había formado a todos y les había enseñado que, buenos o malos, los hombres son libres y por consiguiente responsables. ¿No se ha de distinguir la virtud del vicio? ¿No es justo que las personas honradas mezan su honradez con el ritmo de las góndolas a la luz del sol, mientras que los ladrones giren en aquellos entornos, despojados de los únicos bienes que posee el pobre: el aire y la luz?

Pero nuestra moral, nuestra joven moral libre de tradiciones y de preocupaciones, ¿puede acomodarse a esa responsabilidad y a esas prisiones?

Apelamos a la ciencia y sólo a la ciencia. Uno de los primeros principios sobre los cuales reposa toda ciencia es que no hay efecto sin causa; es que cualquiera que sea el hecho que se considere, es solidario de otros hechos que le hacen inevitable y que le explican.

Los hombres a quienes se ha encerrado son pícaros, se dice; ¿qué han hecho? Han robado, han matado quizá. ¿Por qué? Su crimen, como otro hecho cualquiera, puede y debe explicarse. Con harta frecuencia la explicación es de una sencillez dolorosa.

¿Por qué ha robado éste? Porque bebía, porque su padre había bebido, porque tenía un cerebro vacío y degradado y su razón no era bastante fuerte para oponerse a su instinto.

Bien se ve que hay hombres que, ricos o pobres, cometerían, bajo formas diferentes, crímenes semejantes; que hay muchos pobres honrados y no pocos ricos ladrones; a lo que puede replicarse que las explicaciones indicadas no son las únicas. No hay duda que, aparte de la pobreza, de la herencia y de los defectos fisiológicos, la educación, el medio y el ejemplo bastan y sobran para hacer un criminal.

Por consecuencia, cada vez que se comete un crimen y que un calabozo se ocupa, el mismo criminal es víctima del ejemplo, del medio, de la educación o de la herencia, es decir, de una fuerza contra la cual era impotente, y nosotros, quiero decir la sociedad, podemos mucho.

Recordemos el poema de Hugo. Un hombre acaba de incendiar la Biblioteca. Hugo le habla de Esquilo, de Voltaire, de los tesoros de pensamientos que su acción de incendiario ha destruido, y el hombre responde: «Yo no sé leer». Entonces exclama Hugo: ¿Quién tiene la culpa?

Personalmente, nadie; pero la tenemos todos; porque reuniendo nuestras fuerzas, podríamos, si no agotar, a lo menos reducir los manuales del crimen; cuando menos podríamos sustituir la idea de falta por la de enfermedad, la acción de castigar por la de curar.

El oficio propio de la moral no consiste en indicar con precisión los medios de luchar contra el pauperismo y el alcoholismo, en organizar la instrucción, en sustraer los niños a la influencia de los padres indignos y de los ejemplos perniciosos, sino en crear sentimientos y estados de espíritu, en inspirarnos el vivísimo y constante deseo de hallar esos medios.

Esperando que esos medios se descubran y que se haga buen uso de ellos, la moral fundada sobre la ciencia nos advierte que no hay efecto sin causa, que el crimen es uno de los frutos naturales del árbol social y que el fruto no es responsable de haber sido producido por el árbol.

Esa advertencia nos bastará para enseñar y repetir que el criminal no es odiable, que el calabozo, como el infierno, es una puerilidad bárbara, que sólo a la sociedad hay que pedir cuenta de los niños que nacen abrasados por el alcohol, que crecen lejos de toda escuela o en una escuela de fanatismo y de ignorancia y de los hombres a quienes una organización defectuosa arroja a la miseria y por tanto al mal.

Durante demasiado tiempo esparcieron los manuales de la moral la idea cruel y falsa que el hombre encadenado que se arrastra en un calabozo es un malvado merecedor de todos los desprecios y de todos los sarcasmos. Para reaccionar contra esa idea, para enseñar que el criminal no es responsable del crimen y que la falta es toda de la sociedad misma, nunca serán demasiado los esfuerzos reunidos de todos los maestros, de todos los padres de familia, de todos los que quieren para el porvenir una moral de ciencia y de amplia humanidad.

Los teólogos decían a los desgraciados: «Tú eres libre y responsable», y cuando delinquía le mostraban la cárcel, el purgatorio y el infierno.

Nosotros diramos al criminal: «Tú no eres responsable; eres víctima de una sociedad mal hecha; vamos a esforzarnos para hacer la sociedad mejor, por curar

su enfermedad, y entre tanto no permitiremos que sufras por una falta que no es tuya».

Y los pensadores libres escogarán, teniendo a la vista estos dos extremos: la moral científica, invitando a las sociedades a la lucha contra el sufrimiento, al cumplimiento de los grandes deberes de fraternidad, de una parte, y de otra la moral cristiana con sus cárceles y presidios que desembarrasa la conciencia humana del amor de los otros y de la justicia.

ALBERTO BAYET

Plasmología y Biomecánica

Se nos comunica que en Bruselas se ha constituido un Instituto Internacional de Plasmología y Biomecánica universales, que ha empezado a funcionar con actividad, y se riga por un Comité de hombres estudiosos de diversas nacionalidades, entre los cuales figuran nombres conocidos y apreciables como Tarrida del Marmol y Queraltó.

La Plasmología completa la Biología experimental con el estudio de los fenómenos físico-químicos y dinámicos que se producen espontáneamente en las soluciones minerales y en el protoplasma celular de los minerales y de las rocas, como en la organización y en el protoplasma de todos los seres del Universo Eterno, del cual, la tierra, los planetas y los astros no son sino moléculas viviendo en el Eter, el protoplasma del infinito.

La Plasmología y la Biología del Universo tienen una importancia científica y social considerable, y constituyen la síntesis de todas las ciencias. Esta síntesis será la base fundamental de la filosofía positiva, de la sociología y de la paz del mundo en la nueva humanidad. La creación de un Instituto Internacional de Plasmología y de Biomecánica universales se imponía en interés del progreso de la civilización, de la difusión y de la enseñanza de la ciencia de la vida, de la cual todo el mundo goza y padece sin conocer ni su mecanismo ni su armonía.

Una ciencia a la que sus cultivadores atribuyen efectos y consecuencias tan importantes, no puede menos de suscitar en nosotros simpatía y respeto, y para manifestar este sentimiento y contribuir a su extensión, recordamos que en nuestro *Almanaque* publicamos un artículo titulado «Experimentos sobre el origen de los organismos», en que dos experimentadores, Albert y Alejandro Mary, dan cuenta de algunos trabajos que sirven de orientación acerca de la plasmogénesis, del que creemos útil reproducir lo siguiente:

«A las investigaciones del Dr. Leduc y del profesor Herrera han de agregarse los experimentos que hemos verificado desde 1908, consistentes en la preparación de células artificiales microscópicas, sembrando polvos de sulfato ferroso en una solución de ferrocianuro de potasio y de sulfato de amoníaco.

«Cada una de esas partículas, cayendo y reaccionando sobre la disolución ambiente, formaba una vesícula que crecía en virtud de las leyes de la osmosis, emitía prolongaciones delicadas o pseudópodos y se reproducía.

«En 1910 hicimos un experimento con el formato de calcio y el silicato de potasio, poniendo sobre dos cristales porta-objetos dos gotitas de soluciones de estas sales con huellas de sílice coloidal. Habiéndose evaporado inmediatamente las preparaciones, aparecieron cubiertas de corpúsculos redondeados y nucleados que se multiplicaban por brotes a manera de espuma.

«Poco tiempo después, el profesor Herrera, de Méjico, anunciaba observaciones del mismo género, quizá más sorprendentes, practicadas sobre mezclas de carbonatos alcalinos en solución de sílice coloidal, dejando evaporarse lentamente esos compuestos sobre porta-objetos esterilizados, rodeándolos de las precauciones antisépticas necesarias. Entonces aparecían numerosas células microscópicas que crecían y se desarrollaban, unas veces por división espontánea y otras por brote, observándose que esos diminutos seres artificiales, como casi todas las pseudo-células, absorben y retienen energéticamente los reactivos colorantes llegando hasta presentar casos de doble coloración, por tanto tiempo atribuidos a las delicadas afinidades químicas de las diversas partes de la célula orgánica.

Después hemos obtenido nuevamente seres vivos elementales, mezclando, en proporciones iguales, una solución siruposa de silicato de potasio (con un poco de sílice coloidal) y una pseudo-solución de albúmina de huevo no dializada. La coagulación de la albúmina se produce lentamente, y el silicato alcalino forma en las vacuolas de la substancia albuminosa miríadas de células cuya evolución, en uno de nuestros experimentos, duró cerca de cinco semanas.

Así se ha demostrado y confirmado una vez más la imitación plasmogénica íntegra de la vida orgánica con los fenómenos de crecimiento, de reproducción en serie, de diferenciación estructural y de alteración.»

El Centro Obrero de Barcelona

En la noche del sábado próximo pasado recobró este Centro el aspecto de su vitalidad acostumbrada.

Abierto por la autoridad que le cerró en septiembre del año anterior, en virtud de motivos que no penetran en nuestra razón, presentaba consolador aspecto de fiesta y alegría.

A las diez, en el salón de actos y en las inmediatas dependencias, se apiñaban los trabajadores, soportando el calor por la satisfacción de verse en la casa social, de sentir el efecto material de la fraternidad y de la solidaridad, de comulgar en el ideal.

A la vibración de un timbre se hizo rápido silencio, y el compañero Masip declaró comenzado el acto, manifestando en breves palabras que los trabajadores de Barcelona acuden al Centro, dispuestos a continuar su obra, si interrumpida aquí, ininterrumpida fuera e ininterrumpible ya para siempre.

Concedida la palabra al compañero Lorenzo, lee éste un escrito del que tomamos los siguientes párrafos:

En Barcelona florecía últimamente un movimiento proletario que, desde una modesta Solidaridad obrera local se había elevado en pocos años a Confederación Nacional del Trabajo. Un incidente, que no he de relatar y que todos conocéis, le condujo, le aniquiló, al parecer, y durante algunos meses, los actos de iniciativa, de organización y de propaganda se convirtieron en demandas de comisiones pro-presos, y los recursos de la solidaridad para el avance se convirtieron en consuelo y alivio para los caídos.

¿Qué importa? La fuerza de la idea progresiva, como la vitalidad de la naturaleza, podrán dificultarse, pero no se destruyen jamás.

El proletariado barcelonés es antiguo en la lucha de clase, es consciente, es fuerte y ha resistido, resistirá y resistirá en su propósito emancipador hasta que consiga la fusión de todas las clases sociales en una sola en que con igual derecho participarán todos, como productores libres, del patrimonio universal.

Desde 1840, cuando aún no existía La Internacional, hasta el día, cuántos altos funcionarios de la centralización política han fracasado en Barcelona en su absurdo y ridículo intento de convertir al obrero catalán en indio coolí?

¿Quién es capaz de medir y explicar la significación y profundidad de esos fracasos?...

¿Qué ha ganado la autoridad y la burguesía con poner trabas al derecho inmanente del trabajador?

Claro es que si un rayo de luz iluminara el entendimiento de los que mandan y de los que explotan, comprenderían que, anticipándose a las reivindicaciones de los desheredados y reformando las instituciones proporcionalmente, dejando libre paso a la evolución y anticipándose a la revolución, la lucha se convertiría en discusión amistosa y plácida, y hablando nos entenderíamos: pero como esto es imposible, la lucha es inevitable, y en ella los trabajadores tienen asegurado el triunfo, porque vamos hacia el progreso como toda corriente va hacia el mar, mientras los privilegiados cometen la torpeza de estacionarse y corromperse como agua encanagada, o quieren retroceder como si la corriente pudiera volver a su manantial...

Este acto no es, pues, una inauguración, ni una reinauguración, es una continuación: lo perdido en organización y en individuos lo recuperaremos en juventud, en sangre nueva, en ingenuidad, en vigor, en inteligencia vigorizada por el estudio y la despreocupación, en potencia ideal, en prudencia para rechazar transformaciones milagrosas y agentes provocadores, en sensatez que se afirma en lo positivo y no se aventura en el vacío.

No lo dudéis, compañeros. Continuar obrando como si empezáramos hoy con la fuerza potencial de nuestra historia, supone poseer un principio, un criterio, una aspiración y constancia tenaz; revela haber luchado y conservar firmeza de luchador, haber sufrido los episodios de la lucha con fe inquebrantable en la seguridad del triunfo.

Abatido por la vejez, evoco los recuerdos de la juventud, y recuerdo aquella semana de junio de 1870 en que se celebró en Barcelona, en el teatro del Circo, el primer Congreso Obrero.

Cuarenta y dos años de vida próspera deberían haber puesto al proletariado español a gran altura, en vez del pobre estado en que nos hallamos; pero así es la realidad. Fijáos, no obstante, en esta consideración: de aquel Congreso salió una organización; en ella surgieron dos tendencias: una de ella parece fuerte; pero, mixtificada, está en decadencia; otra parece abatida, pero, depositaria de la pura idea emancipadora, tiene temple y resistencia, vivirá y prevalecerá.

Mixtificación y Pureza: he ahí el secreto. Con la mixtificación se pierde el tiempo, sobreviene la desviación, y tras ella el desengaño y la laxitud. Con la pureza, si aparentemente no se avanza, tampoco se retro-